

La violencia

desde
la realidad
venezolana

No se puede superar la violencia sin el esfuerzo por entender de dónde procede y combatir sus raíces. Obviar ese esfuerzo y decretar que se imponga el orden venciendo el desorden con una violencia incontestable, aunque legal, es entronizar el horizonte de la violencia como el horizonte del país.

Venimos de la paz

Como dice Manuel Caballero con mucha justeza y oportunidad la paz es el primer gran logro de nuestro país en el siglo XX, superando la violencia casi endémica del siglo XIX. En el siglo pasado fuimos uno de los Estados más violentos de América Latina, y en éste, en cambio, hemos pasado a ser de los más pacíficos, de los poquísimos que no hemos incurrido en una sola guerra, después de que en enero de 1903 el general Gómez ganara la última batalla a los caudillos en nombre de Cipriano Castro. Todavía tendrían que pasar más de treinta años para que se alcanzara la democracia y más de medio siglo para que se consolidara. Y no sólo se logró la paz en el doble sentido militar y político, es decir ausencia de guerras en libertad, sino que a lo largo del siglo se fue gestando también una notable paz social. Esta paz caló tanto que resistió la prueba de las grandes migraciones a las ciudades.

En efecto, la pérdida de los controles sociales de las comunidades tradicionales y la ausencia de autoridades y policías en los barrios no provocó, sin embargo, ni choques violentos entre vecinos ni un desborde de delincuencia. De tal manera estaba consustanciada esta paz con la situación del país, que hubo consenso nacional para que los guerrilleros que quedaban depusieran las armas a cambio de la amnistía total.

A comienzos de la década de los setenta nos teníamos a nosotros mismos por un país, no sólo tolerante y hospitala-

PEDRO TRIGO

rio, sino con una ciudadanía que propendía en la vida cotidiana incluso a ceder de sus derechos con tal de conservar la calma, la ecuanimidad y el espacio abierto de comunicación, y que por eso descalificaba socialmente a la persona ansiosa que quería ganarlas todas sacrificando la convivialidad. Todavía por esas fechas éramos un país sin rejas ni guardias privados, un país de puertas abiertas; y hasta Caracas, en medio de su cosmopolitismo, era aún una ciudad alegre y confiada.

No pretendemos que entonces no había violencia. Siempre la habrá mientras seamos humanos. Pero sí queremos reivindicar esta conquista colectiva de la paz como una obra conjunta, perseverante y ascendente. Porque no se logró en un día. Durante al menos dos décadas se soportó muy bien la dictadura gomecista, porque garantizaba la paz. Una vez que se asimiló la paz, apareció cada día más claro que la dictadura era en sí misma una violencia institucional y conquistamos la democracia. Durante una década se disfrutó de ella; pero al final se percibió que esa democracia de notables violentaba a las grandes mayorías al mantenerlas en condición de meros espectadores. Y así se transitó hacia la democracia de masas. Hasta los años sesenta siempre fuimos superándonos.

Nos estamos poniendo violentos y reaccionamos violentando

Es muy importante hacer memoria de esto hoy por dos razones. La primera para desmentir a un cierto pesimismo ambiental que a veces raya en la impotencia y la frustración. Si hemos revertido todo un siglo con una labor tenaz de generaciones concatenadas, no tiene ningún sentido alegar hoy que no tenemos remedio porque los venezolanos somos así. De nuestra historia reciente se concluye lo contrario. Decir otra cosa es una coartada para no asumir nuestra responsabilidad. Porque

esta es la segunda razón para traer a colación esta historia: nuestra responsabilidad ante ella. Las conquistas de los países no se consolidan de una vez por todas. Al mantenerse en el fluir de la historia pueden revertirse. Cada generación tiene que asumir su condición de sujeto social y poner todos los esfuerzos necesarios para que las tendencias disolventes no desbaraten lo que se logró con tanto esfuerzo.

Hoy tiende a olvidarse todo esto. Las manifestaciones de la violencia son tan diversas y contundentes que muchos llegan a pensar que esto ha sido siempre así y que así seguirá siendo. Hay una propensión ambiental bastante generalizada a no preguntarse nada sino a reaccionar ante la violencia de un modo elemental y aplastante. Ante todo se la

sitúa fuera de uno y de su entorno: la violencia la ejercen los otros, los que no son como yo, es decir, como nosotros, y que por eso no son gente, son chusma, no merecen respeto, sólo podrán ser contenidos por el uso masivo de una fuerza constante. Es el viejo discurso de la civilización y la barbarie, de tan nefastas consecuencias desde los albores de América Latina.

La paz se logró a través de un proceso de inclusión y sólo se restablecerá retomándolo

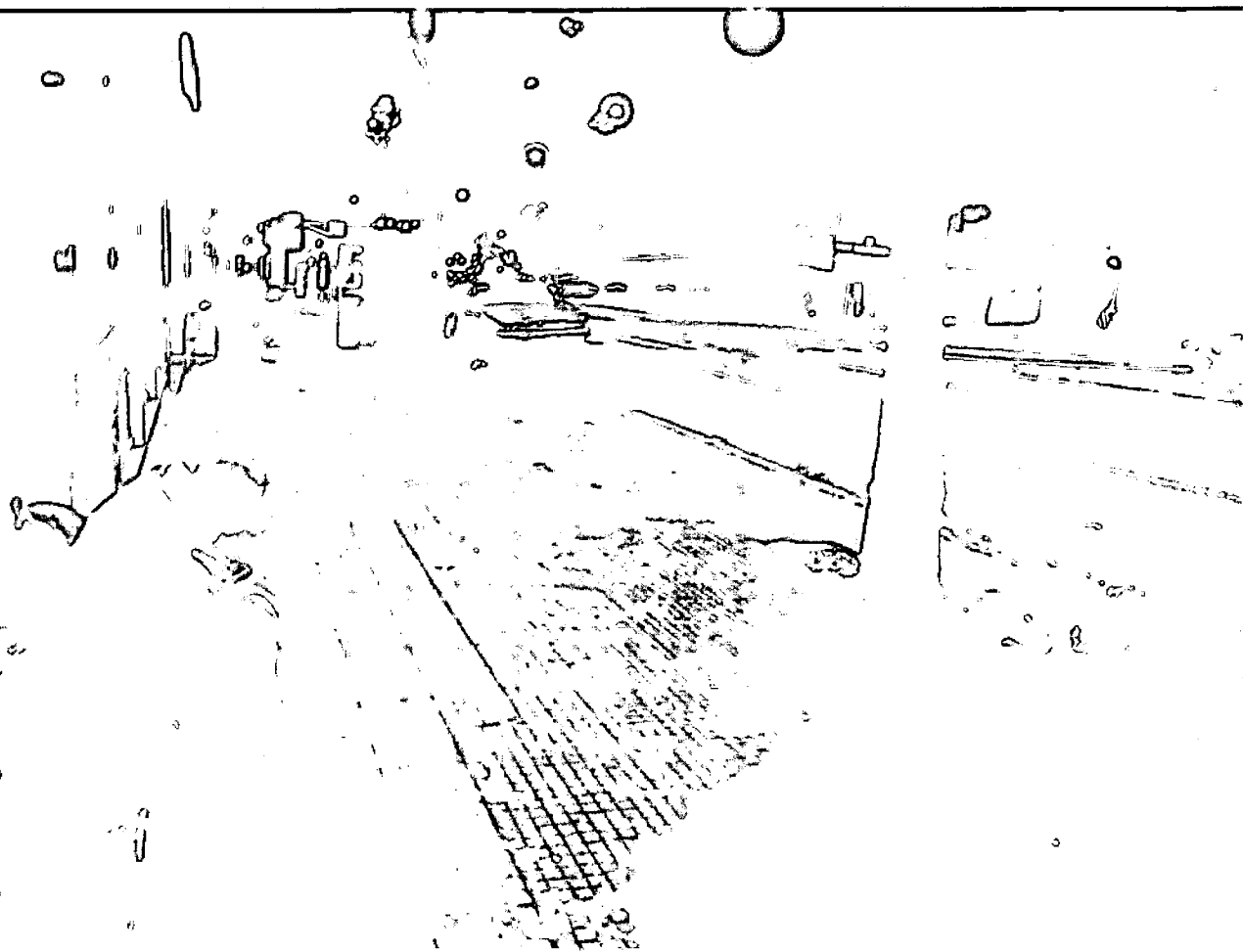
Tenemos que decir que este modo de situarse ante la violencia que existe en nuestra sociedad va en la dirección opuesta a la dinámica histórica de la Venezuela republicana que se dirigió siempre hacia la inclusión de todos en el nosotros nacional, que propició que

**Hace 30 años éramos aún
un pueblo pacífico.**

**La violencia actual se incubó
hace menos de 25 años.**

Estamos a tiempo de rectificar.

Mañana será más difícil.



todas las clases, culturas y razas camináramos en la misma dirección ascendente y así pudiéramos convivir, reconocernos, negociar intereses divergentes y hasta mezclarnos. Esta tendencia hacia la igualdad sacó su dinamismo de su contenido cualitativo: no era una igualdad por abajo sino que estaba acompañada de un ascenso en humanidad, tanto en el sentido de capacitación como en el de asunción de responsabilidades. Fue un camino muy largo desde la república censataria de 1830, con su concepto tan restringido de ciudadano, hasta la democracia de los años setenta que hemos vivido. Este proceso distaba todavía mucho de estar concluido; pero fue una trayectoria humanizadora, fuente de sano orgullo para nuestra conciencia de venezolanos. Por eso, quienes se sitúan ante la violencia, como acabamos de describir, atentan contra lo mejor que hemos ido construyendo esforzadamente y a base de muchos sacrificios a través de generaciones. Es destruir el corazón de nuestra tradición como país.

Pero es que, además, esa actitud no hace justicia a la realidad. Al negarse a analizar confunde los síntomas con la enfermedad. Y al no entender lo que pasa y aplicar por eso un remedio contraindicado, no sólo agrava el mal sino que lo enquistado y perpetúa, y más aún lo propicia.

No se puede superar la violencia sin el esfuerzo por entender de dónde procede y combatir sus raíces. Obviar ese esfuerzo y decretar que se imponga el orden venciendo el desorden con una violencia incontrastable, aunque legal, es entronizar el horizonte de la violencia como el horizonte del país. Vencer a la violencia actual con una violencia mayor y permanente es consagrar el estado de violencia como clima del país. Y no tenemos derecho a destruir así la paz edificada con tanto dolor y creatividad.

No pretendemos que se pueda superar la violencia que existe sin ningún recurso a la fuerza. Lo que proponemos es que la violencia será tanto menor cuanto se ejerza como uno de los componentes de un paquete de medidas que enfrente el problema de un modo integral.

Por eso es preciso volver a nuestra historia para entender cómo perdimos el rumbo y rehacer el camino en la dirección humanizadora que llevábamos.

Rumbos equivocados

Conducción

La primera desviación consistió en una propuesta para el país tan sobredimensionada que la inmensa mayoría de la población no pudo asumirla en condición de sujeto. La pretensión de arreglar los problemas por arriba, es decir a base de dinero, degradó al país porque comenzó a vestirse de la modernidad ajena, no sólo en el sentido de que no la habíamos producido sino, sobre todo, en que no era apropiada para nuestro estado de desarrollo y capacidad de digerirla y gerenciarla. Al no estar centrados como sujetos colectivos en la empresa mancomunada de producirnos como país, nos entregamos al consumo desaforado. Hubo una suerte de locura colectiva de echar la casa por la ventana viviendo por encima de nuestras posibilidades. La combinación de ambos factores es el rentismo. Y su efecto, la corrupción.

A este rumbo desviado siguió la ausencia de rumbo, en un momento que el país lo requería imperiosamente. Luis Herrera fue un gran presidente, pero no ejerció como jefe de Estado. El resultado fue, no la perfectibilidad expresada en su discurso de asunción, sino una permisividad que perpetuó la corrupción heredada del gobierno anterior. El paso siguiente, verdaderamente demolidor, fue el cinismo entronizado en la más alta magistratura. Este mal ejemplo desmoralizó a la ciudadanía.

Instituciones políticas

En los quince primeros años de esta democracia de masas, los partidos, sindicatos y gremios profesionales y empresariales habían cumplido el papel fundamentalmente positivo de institucionalizar la democracia y canalizar la participación de las masas. Ese papel, al acabar el gobierno de Caldera, estaba fundamentalmente cumplido. Era el tiempo de dar un paso adelante hacia una profundización de la democracia, sustituyendo el entendimiento de las cúpulas por la deliberación responsable de los asociados.

Esto ante todo en el plano económico: competencia, y no cartelización y protección estatal. También en el sindical y profesional: democracia directa en función de los intereses concretos de los miembros, y no correa de transmisión de los partidos. También en el plano del

Estado: poder judicial independiente; parlamentarios realmente deliberantes, y no meros números de fracciones; ejecutivo sólido, y no expresión de los intereses partidistas; burocracia eficiente y responsable ante los usuarios, y no prebenda para los militantes de los partidos en el poder.

Pero esta transformación requería la reforma de los partidos, que tenían que pasar de representar sustituyendo y repartiendo cargos, a constituirse como equipos eficientes con capacidad de proponer al país y negociar con él planes de gobierno y gerenciarlos con solvencia y responsabilidad ante los ciudadanos. Sin embargo, en vez de caminar hacia adelante se fue en una dirección anti-histórica: hacia la cogollización y el clientelismo partidista, hacia las alianzas por arriba para componer intereses particulares lesionando intereses generales y hacia la injerencia del partido en toda la vida nacional.

El resultado es la paralización del Estado en todas sus dimensiones. Esta involución política es tremendamente violenta, es violencia institucional que ha provocado el descrédito de lo público y estimulado la retirada de la ciudadanía a lo privado, corporativizándose la sociedad, desapareciendo los espacios y proyectos compartidos y tramitando ya cada quien la vida de un modo individualista. Esta situación es violenta para todos porque significa que todo, hasta lo que incumbe al Estado, hay que adquirirlo de modo privado; pero para los pobres significa una verdadera tragedia porque, al desaparecer en la práctica el Estado como expresión imprescindible de solidaridad ciudadana, quedan en el desamparo.

Política económica

El petróleo había sido el potente motor de todo este proceso. No la causa, pero sí un recurso que lo posibilitó. A pesar de lo propalado con más resentimiento que justicia, el petróleo mal que bien se iba sembrando en infraestructura física, en valorización del capital humano, en apoyo a la creación de un aparato productivo solvente y en la institucionalización de la vida nacional.

Ese recurso se desvió paradójicamente en los momentos de mayor abundancia. No sólo no se sustituyó paulatinamente por otras fuentes de recursos renovables y autosustentables, sino que se hipotecó.

Como no se fue rectificando gradualmente, hubo que hacerlo a la fuerza y bruscamente, y se llevó a cabo con tan poca pericia política que lo que tenía que haber constituido una convocatoria a compartir sacrificios profundizando el proyecto nacional, se sintió como una ruptura del pacto social, ya que se llevó a cabo cargando todo el costo en los sectores con menos capacidad de presión. Es significativo que no se tocó la banca, y que es ese sector el que se viene llevando desde entonces la mayor parte de los recursos. Esta ha sido una violencia estructural institucionalizada que ha sido sentida como agresión por la mayor parte de la población. Pero el pueblo la ha experimentado como abandono, como una exclusión unilateral de la vida política y social, del pacto social y hasta casi de la mera existencia física. El 27 de febrero fue la expresión espontánea de este estado de ánimo. La reacción, tan desproporcionada y brutal, confirmó al pueblo que realmente habían sido borrados del pacto social. Y hay que decir que esa

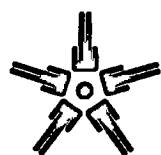
impresión está validada por la realidad: la inversión social casi ha desaparecido del país. El resultado es la profundización de la brecha social que comenzó en 1979 y que es ya una sima que amenaza con tragarse no sólo la gobernabilidad del país, sino la paz social conquistada con tanto esfuerzo y aun el propio país como espacio compartido, como proyecto consensuado, como cuerpo social constituido por la puesta en común de haberes de los ciudadanos.

La combinación de los factores reseñados da como resultado la violencia ambiental, la situación de violencia. Estos factores son, pues, los que hay que encarar superadoramente, si queremos retomar la senda de la paz para que el siglo XX no se cierre llevándose consigo la paz que alcanzó, sino transmitiendo a las generaciones venideras ese logro profundizado.

PEDRO TRIGO

Jesuita, teólogo y miembro del Centro Gumilla

Hay una propensión ambiental bastante generalizada a no preguntarse nada sino a reaccionar ante la violencia de un modo elemental y aplastante.



Fundación
Escuela de Gerencia Social
Ministerio de la Familia

Plan Editorial Conjunto

Ministerio de la Familia-Fundación Escuela de Gerencia Social

Veintidós títulos

Para alimentar la reflexión sobre la Gerencia Social en Venezuela

Un conjunto de veintidós publicaciones es el fruto que cosechó en 1998 el Plan Editorial Conjunto del Ministerio de la Familia y la Fundación Escuela de Gerencia Social, iniciativa que se planteó difundir la labor que se lleva a cabo en el sector social reseñando distintas experiencias, estrategias de intervención, resultados de proyectos, metodologías y logros surgidos de la gestión institucional.

Estos documentos recogen diversos aportes que contribuyen a profundizar el debate sobre las políticas públicas y la gerencia social en Venezuela.

Títulos más recientes:

- ❑ Revisión de la definición conceptual y operativa de localidades urbanas y rurales en Venezuela: Informe Final. Silverio González Téllez y Henry Rivas. Serie Cuadernos Técnicos N° 16.
- ❑ Bibliografía selectiva MINFAMILIA-FEGS
- ❑ Informe de ejecución físico-financiera del Ministerio de la Familia. Agenda Venezuela en Proceso. Tomos 1, 2, 3 y 4.
- ❑ El municipio en el sistema de relaciones fiscales intergubernamentales: en camino hacia una gestión pública local más eficiente. Armando Barrios. Serie Lecturas N° 29.
- ❑ Limitaciones y posibilidades de la Coordinación Institucional: el caso del gabinete social. Moisés Carvallo. Serie Lecturas N° 30
- ❑ Opciones para el financiamiento de la gestión municipal. Armando Barrios. Serie Lecturas N° 31

Estos documentos pueden ser adquiridos en la Fundación Escuela de Gerencia Social

Dirección: Avenida Alfredo Jahn con 5ta. Transversal Qta. FEGS. Los Palos Grandes.
Teléfonos: (02) 286.28.31 / 286.25.51.
Fax: (02) 283.29.49. e-mail: fegsven@ven.net
web site: <http://www.fegsven.org>